XI

TÊTE Á TÊTE

La viuda que hemos conocido en los baños de Cestona tiene en su casa de Madrid un gabinete verde contiguo al tocador, en el que sólo penetran los amigos de su íntima confianza.

El hombre de mundo ha sabido conquistar la confianza de la viuda, y siempre que va á verla es recibido en el gabinete verde.

En el momento en que escribimos estas líneas se encuentran en él los dos solos, mano á mano, como si dijéramos, *tête à tête.*

Es una de esas noches con que el triste otoño se despide para dejar paso al invierno, más triste todavía, y la viuda, algo delicada de salud, ha resuelto quedarse en casa, porque la noche es húmeda, el aire frío, y prefiere una noche de encie-

rro á algunos días de cama..... No le aterra la muerte tanto como á la gran mayoría de las gentes; pero le causan horror las enfermedades, y asegura con mucha formalidad que para vivir es preciso vivir.

Las noches empiezan á ser largas, pero no faltará algún amigo que le haga compañía, y, en efecto, este amigo es el hombre de mundo.

Por si la suerte le tuviera reservado el martirio de la soledad, se ha provisto del número de *La Correspondencia*, que su doncella acaba de poner, húmedo todavía, sobre la mesa. *La Correspondencia* es uno de esos habladores insustanciales que quitan la soledad y no dan compañía; pero, ¿qué se ha de hacer? Es preciso echar la noche á perros, y, sea como quiera, al fin *La Correspondencia* es un periódico que, por lo regular, oculta lo que sabe y dice lo que ignora. No es ciertamente instructivo ni veraz, ni está medianamente impreso, ni regularmente escrito; el papel es abominable, la tinta odiosa; pero cuando no hay otra cosa que hacer, su lectura no deja de ser entretenida, sobre todo cuando es posible leerlo.

Con todo este rodeo, quiero decir que *La Correspondencia* está encima de la mesa, hablando por los codos lo suyo y lo ajeno, á gusto del consumidor y á precios convencionales.

A la viuda, sin embargo, le parece más agradable la conversación del hombre de mundo, que le cuenta también todo lo que sabe, en mejor

papel, en más clara impresión, de buena tinta y con alguna literatura.

Después de hablar de modas, del tiempo, de política y de costumbres, la conversación, con esa vivacidad con que salta de un punto á otro, había ido á parar, rodando, rodando, á los sucesos que hemos presenciado en todo el discurso de esta verdadera historia, y

—Á propósito—dijo el hombre de mundo.—Esta tarde he visto al Vecino en los jardines de Recoletos.

—¿Ya completamente restablecido?.....—preguntó la viuda.

—Completamente no. Todavía no puede andar solo: iba apoyado en el brazo de su mujer, que, dicho sea entre paréntesis, es una bella criatura.

—Sí—añadió la viuda;—es una hermosa morena, y me parece que ha de ser tan buena como hermosa. ¡Hay en aquellos ojos una paz!.....

—Pues todavía—añadió el hombre de mundo—es más encantadora la sonrisa. ¿Ha reparado usted en la dulzura con que sonríe?.....

—He reparado en ello. Es un tipo enteramente opuesto al de *Madame Albert*.

—Sin duda, y opuesto en todo: parece que la naturaleza había adivinado que iban á ser rivales antes de conocerse. Pues, como digo á usted, los encontré esta tarde, y, al verlos, los detuve diciendo: «Mal lance echamos, Vecino.» «No tan malo —me contestó —puesto que tengo dónde apoyarme. Esta es la que paga el pato.» Ella dijo:

«No es un pato muy caro para mí, y puedo pagarlo sin grandes esfuerzos. Ya ve usted.....: han querido separarme de este calavera, y ahora resulta que lo tengo más sujeto.» «No hay mal que por bien no venga—añadió el Vecino:—una locura me obliga al fin á andar con pies de plomo.» No quise detenerlos más, y me despedí de ellos, creyendo firmemente que es un matrimonio feliz.

—Cuando la mujer es buena y no es rematadamente tonta, los matrimonios son felices....., porque, amigo mío, á los hombres se les maneja fácilmente.....

La viuda pronunció esas palabras con convicción profunda.

—¿Siempre?—preguntó el hombre de mundo.

—Siempre—contestó ella;—á no ser que el hombre sea un monstruo.

—¿Como *Monsieur Albert*, por ejemplo?.....

—¡Bah!.....—dijo la viuda.—*Monsieur Albert* tiene bastante con *la estatua mutilada.*

El hombre de mundo se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Qué memoria la mía!..... Si no surge esta conversación sobre el matrimonio, se me queda en el tintero una noticia, que de seguro no ha llegado á oídos de usted hasta ahora.

—¡Una noticia! Veamos: ¿qué ocurre?.....

—¡Ah, curiosa!.....

—No; desde luego infiero que no ha de ser un suceso extraordinario.

—¿Por qué?.....

—Porque lo ha recordado usted hablando del matrimonio, y supongo que alguien se casa; y he ahí una cosa que sucede todos los días.

—Ha acertado usted—dijo el hombre de mundo;—aunque bien pudiera ser todo lo contrario: un matrimonio que se hace ó un matrimonio que se deshace. Pero, en fin, mi noticia es que se casa Enriqueta.

—¡Hola!...—exclamó la viuda.—¿Y con quién?...

—Con nuestro diplomático.

—Me parece muy bien—añadió la viuda.—Ese ha de ser otro matrimonio envidiable. Él es un infeliz, y ella una excelente muchacha.

—Es verdad, y tiene sobre todo una voz irresistible.

Fijó la viuda distraídamente los ojos en el periódico que había sobre el velador, al mismo tiempo que preguntaba:

—Y usted, ¿cuándo se casa?.....

—Yo—contestó el hombre de mundo—estoy ya fuera de combate.

—¿Sí, eh?.....

—Sí, señora.

—Bien.....: allá veremos.

Pronunció la viuda estas palabras sin levantar los ojos del periódico, cuyas columnas distraídamente recorría, y de pronto dijo:

—Esta es noche de noticias. Oiga usted lo que dice *La Correspondencia:*

«Ayer fué vista en el consejo de guerra la causa formada al comandante de infantería que hace

dos meses cometió un acto de insubordinación contra el ilustre general de quien era ayudante, y de cuya prisión dimos oportunamente cuenta á nuestros lectores. Ha sido confinado á un castillo por cuatro años.»

El hombre de mundo comentó la noticia, diciendo:

—¡También Goliat ha hecho buen negocio!..... Cuatro años en un castillo, es tanto como perder la carrera..... A no ser que algún glorioso pronunciamiento lo haga general de golpe y porrazo.

—Pues no es esto sólo—añadió la viuda, que seguía ojeando *La Correspondencia*.

—¿Otra noticia importante?.....

—Otra..... Vea usted: «Acaba de ser recluída en el magnífico manicomio de Barcelona la ilustre señora de uno de nuestros más bizarros generales, que, á consecuencia de una afección nerviosa, ha perdido el juicio. Sentimos que esta distinguida señora, tan conocida en los altos círculos de Madrid, sea víctima de tan terrible dolencia, y deseamos que el esmerado tratamiento que en dicho manicomio reciben los dementes, le devuelva la razón perdida..... Acompañamos al bizarro general en el sentimiento que ha debido causarle la necesidad en que se ha visto de recurrir á una reclusión tan dolorosa.»

—¡La generala!.....—exclamó el hombre de mundo.

—¡La generala!—repitió la viuda.

—¡Loca!.....—volvió á exclamar él.

—Loca—repitió ella—ó á lo menos—añadió—recluída.

—Es terrible eso—dijo el hombre de mundo.

Ambos quedaron pensativos, y así permanecieron algún tiempo, sin que me haya sido posible averiguar lo que pensaban.

FIN